

señanza de Cristo sea perfecta, y veamos si los filósofos no han enseñado la misma perfección.

Hay un primer hecho incontestable, y es que en las sectas que proceden de Sócrates, y aún en la que le es hostil, la filosofía toma un carácter cada vez más moral. Los cínicos enseñan que una vida virtuosa es la suprema felicidad, que la virtud consiste en obrar bien, y que no necesita ni muchas palabras ni mucha ciencia, y enseñan con el ejemplo: en presencia de los Griegos degenerados, que sólo una pasión alimentaban, la satisfacción de los goces materiales, vistieron la túnica del pobre y vivieron como mendigos, alimentándose con hierbas y agua. ¿No predicó también Jesucristo la pobreza? ¿No se valieron de su ejemplo órdenes poderosas para hacer de la pobreza el ideal de la perfección cristiana? ¿No consagraron los papas esta doctrina con su autoridad infalible? Luego ¿no serán los cínicos precursores de Cristo?

Los estoicos dicen igualmente que la moral es el objeto esencial de la filosofía, y que lo demás es sólo un medio para llegar al fin. Ninguna doctrina ha elevado á mayor altura las exigencias de su moral: "Los hombres deben aspirar á la perfección, como Dios, de quien son parte; solamente en la virtud encontrarán la felicidad suprema." ¿No recuerdan estas máximas aquellas palabras célebres de Cristo: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial?", Epicuro no es indigno de figurar al lado de Zenon, y valía más que su filosofía. Partiendo de la sensación, debía llegar al ateísmo en metafísica y al materialismo en moral. ¡Singular materialista el hombre que vivía con pan y agua, enseñando que no hay goce fuera de la virtud, honrando á los dioses con un culto desinteresado, y distinguiéndose por su piedad, hasta el punto que se le comparaba á un sacerdote! Léjos de brindar goces á los hombres, Epicuro se propone moderar la fiebre de goces que les devora, y no cesa de predicarles que deben limitar sus necesidades: abstenerse, tal es la sustancia de su moral (1).

En Roma, la tendencia práctica de la filosofía domina de tal suerte, que Hegel compara los últimos trabajos de la escuela estoica á sermones. El filósofo alemán habla de ellos con desden, sin ver que había llegado el momento en que las verdades enseñadas por los grandes pensadores debían salir

(1) Véase mi *Estudio sobre la Grecia*.

del recinto de la escuela para constituir el bien común de los hombres. Tal fué la obra del cristianismo; la tendencia de la filosofía era igual, porque también era igual su misión. La lógica y la física, que habían, en otro tiempo, ocupado las meditaciones de los filósofos, perdieron su importancia ante las necesidades del género humano, que pedía una fe nueva. De ahí la semejanza entre los trabajos de los últimos pensadores de la antigüedad y la predicación evangélica. ¿Cuál es el objeto de la filosofía según Epicteto? No se cansa de repetir que no estriba en la ciencia, sino en las obras. Lo mismo pide Jesucristo, obras y no ciencia. Los filósofos, como los reveladores, dan al hombre por misión perfeccionarse. Ciertamente que la perfección del Evangelio no es la del Pórtico ni la de Epicuro, pero hay entre ellas sorprendentes analogías.

Léase en Séneca esta máxima que se creería tomada del Evangelio: "La conciencia de nuestras faltas es el principio de nuestra salud." Un escritor católico la cita para establecer que la creencia del pecado y de la debilidad humana, tan extraña al paganismo, se encuentra en el filósofo latino, deduciendo de aquí que mediaron relaciones entre Séneca y San Pablo, como dice la tradición católica. ¡Pues bien, esta máxima tan santa, tan evangélica, es de Epicuro! Luego, por confesión de los ortodoxos, un filósofo pagano, y el de peor fama, está de acuerdo con la revelación cristiana. No se dirá que Epicuro conociera á Cristo. ¿Quién entonces le reveló la moral tan pura que enseña? ¿Quién sino el que nos inspira á todos y nos guía por el camino de la perfección, hablando á nuestra razón y á nuestra conciencia?

Lo cierto es que Séneca parece un discípulo de Jesucristo: toda su filosofía estriba en enseñar á vivir y á morir. No solamente el fin, sino también los medios, son comunes al cristianismo y á la filosofía. Epicteto es un estoico, y habla como si fuese cristiano en un punto que es de la esencia del espíritu religioso, la sumisión más absoluta á la voluntad de Dios: "Querer lo que él quiere, dice el filósofo, no querer lo que él no quiere." Los cristianos piden todos los días en sus oraciones que se cumpla la voluntad de Dios. Epicteto pide lo mismo, y sus plegarias son como comentarios del Evangelio. En los *Pensamientos* de Marco-Aurelio se lee que el hombre de bien debe ser el sa-

cerdote de Dios: esta máxima, comprendida en su profundidad, es la base del cristianismo. ¿De dónde tomaron su moral Epicteto y Marco-Aurelio? No sería del Evangelio seguramente, y, sin embargo, es evangélica. Hay, pues, un Evangelio y una revelación sin milagros ni Encarnación del Hijo de Dios en el seno de una Virgen. Esta revelación es progresiva: vanamente se buscará en los escritos de los viejos estoicos la compasión, la indulgencia y la caridad que rebosan en los de Marco-Aurelio. Hay, pues, un progreso moral, religioso, independiente de toda revelación sobrenatural, y este progreso nos conduce hasta los umbrales del cristianismo (1).

N.º 2.—*El cristianismo.*

I.

Hay un progreso religioso en la antigüedad, fuera de la tradición cristiana; las ideas y los sentimientos de los Gentiles les aproximan á las ideas y á los sentimientos que el Cristo ha anunciado á los hombres como una *buena nueva*. Nueva no era la predicación evangélica. El dogma, si de dogma puede hablarse cuando de Evangelio se trata, es idéntico. Jesús habla de su Padre que está en los cielos; entre los Gentiles hay filósofos, hay poetas que hablan de Dios como de un Padre. El Dios de los cristianos ha creado el mundo. Entre los Gentiles y entre los filósofos se encuentra también el Dios creador. Jesús dice á los hombres que deben ser perfectos como su Padre que está en los cielos. Los filósofos dicen lo mismo. La perfección cristiana, prescindiendo de las exageraciones del espiritualismo evangélico, consiste en la caridad, esto es, en el sacrificio, en la abnegación, en la afección. Un poeta pagano proclamó en el teatro de Roma la máxima siguiente: "Hombre soy, y todo lo que es humano lo juzgo digno de mí;" y un filósofo añadió este bello comentario: "Es preciso que vivais para los demás, si quereis vivir para vosotros mismos." ¿Diría más un discípulo de Cristo? Los cristianos piden á Dios que se cumpla su voluntad. Los filósofos dicen: "Querer lo que Dios quiere." En el cristianismo, la religión es un lazo íntimo entre el hombre y Dios. Los poetas y

(1) Véase mi *Estudio sobre Roma*.

los filósofos del gentilismo dicen que la gracia de Dios ilumina y guía á los hombres. ¿Qué les falta para ser cristianos? Conocer á Cristo.

La relación entre el cristianismo y la filosofía del gentilismo es evidente, y esto basta para establecer el progreso religioso. Pero si el progreso se ha realizado entre los Gentiles por la humanidad, ¿por qué han necesitado los Judíos y los cristianos una revelación sobrenatural? ¿Gentiles y cristianos no creen lo mismo? Sí, todos adoran un Dios creador. Los Gentiles han descubierto esta verdad por las solas fuerzas de la razón; ¿qué necesidad había de una revelación milagrosa para comunicarla al pueblo de Dios, y por su mediación á los discípulos de Cristo? Los cristianos creen en la resurrección. También hay Gentiles que creen en ella. Los Judíos tomaron de la raza zenda esta creencia; luego no se requería la pretendida resurrección de Jesús para revelársela á los hombres. Si los cristianos creen lo mismo que creían los Gentiles, si tienen los mismos dogmas que ellos, ¿no es evidente que el cristianismo, como todas las religiones, procede de la razón humana, bajo la inspiración de Dios?

Podemos decir que esto es un hecho, porque tiene en su favor todas las analogías históricas. Luego el cristianismo puede ser reivindicado por la doctrina del progreso, en el sentido que el progreso realizado por Cristo sirve de testimonio al principio del progreso religioso, así como el progreso realizado por el gentilismo sirve de testimonio á la perfectibilidad humana. Cuando decimos que el gentilismo preparó el camino á Jesucristo, ¿queremos decir que el cristianismo sea sólo una copia de las doctrinas filosóficas y religiosas que le han precedido? En manera alguna; las religiones que influyen sobre el mundo, aunque proceden siempre del pasado, impulsan á la humanidad hácia el porvenir. No sin razón es considerado el cristianismo como el punto de partida de una era nueva en la vida de la humanidad. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer la superioridad de la religión cristiana sobre las religiones gentílicas. El brahmanismo y el budhismo conducen á un panteísmo desenfadado, al aniquilamiento de las criaturas. El mazdeísmo mantiene la individualidad humana; pero no sustenta dogma fijo acerca del principio de todas las cosas, é ignora el lazo que une al hombre con Dios. Jesucristo

dice á todos los hombres que tienen un Padre en los cielos.

¿Acusa también el cristianismo un progreso sobre el mosaísmo y sobre la filosofía? Aquí comienzan la divergencia de opiniones. Los ortodoxos admiten, con los libres pensadores, que Cristo es superior á Moisés. Pero, dentro de su orden de ideas, este progreso se debe á Dios y no á los hombres, lo que quiere decir que no hay progreso verdadero en el paso de la Ley antigua á la Ley nueva. Bajo el punto de vista de la revelación natural, el progreso es evidente, y esta revelación es en sí misma un hecho histórico. El progreso realizado por el cristianismo es innegable, debiendo añadir que la humanidad es su autor y que recibe el beneficio.

Es muy cierto que en el mosaísmo se encuentran los gérmenes de la religión cristiana. Con todo, fuerza es que haya en el cristianismo un elemento nuevo, puesto que los apóstoles de Cristo han triunfado en lo mismo que sucumbieron los doctores de la Ley. El carácter exclusivo de la Ley antigua impidió á los gérmenes de porvenir fructificar. En apariencia, el monoteísmo judío excluye toda idea de un Dios nacional, y es idéntico al monoteísmo cristiano. De hecho, el Dios único que los Judíos adoraban era más particularmente el Dios de su raza. Resultó de aquí que la concepción de Dios fué viciada, así como todas las ideas que de ella derivan. Los Judíos creían en la unidad, pero se la representaban bajo la forma de una dominación temporal que lisonjaba el orgullo del pueblo elegido. Este orgullo y esas pretensiones fueron el grande obstáculo que impidió á la Ley de Moisés penetrar entre los Gentiles. Lejos de dominar sobre las naciones, los Judíos se hicieron objeto del desprecio universal. El cristianismo nada de nacional tenía; dirigíase á los Judíos y á los Bárbaros, á los Griegos y á los Romanos. Solamente en la religión cristiana el Dios único de Moisés se convierte en el Dios universal.

Hay más aún; el carácter nacional del mosaísmo alteró la esencia misma de la religión. La religión es un lazo entre el hombre y Dios. Los Judíos desconocían este lazo entre el hombre, como tal, y Dios, aceptándole solamente entre el pueblo elegido y Jehová. El Eterno había hecho alianza con los Israelitas; para aprovechar los beneficios de este contrato era preciso pertenecer al pueblo con quien Dios lo había celebrado. Esta idea falsa viciaba la

religión, porque el hombre necesita un lazo individual y directo con Dios, para que el sentimiento religioso encuentre apoyo y alimento. La filosofía había preparado el camino á la verdad, enseñando que el hombre está en comunicación permanente con Dios; pero esta unión ¿no llegaba hasta la absorción de la individualidad humana? El panteísmo es el vicio oculto de todas las doctrinas filosóficas y religiosas de la antigüedad. El cristianismo, gracias á su teodicea, evita este escollo. El cristiano, aunque unido á Dios, conserva su personalidad. Jesucristo no se dirige al Judío como tal, sino al hombre; y ¿qué predica á los que vienen á oír la *buena nueva*? "El reino de Dios se aproxima; enmendaos y creed en el Evangelio." La enmienda es obra puramente individual, y la fe una gracia que Dios otorga al individuo, sin considerar su origen ni su nacionalidad. En este sentido, la verdadera religión data de Cristo.

II.

¿El cristianismo es la última palabra de Dios? (1). Amigos y enemigos están de acuerdo en sostener que no hay otra religión posible que la cristiana. Los que creen en una revelación sobrenatural del Hijo de Dios no pueden admitir una religión progresiva: ¿cómo habían los hombres de perfeccionar la obra de Dios? Los ateos y los materialistas dicen también que la revelación milagrosa es de esencia de la religión; pero como el milagro, á sus ojos, es una cosa imaginaria, cuando no una superchería, concluyen que la religión debe desaparecer. Este es el progreso que esperan de la civilización. De otra manera pensamos, añadiendo sin rebozo que la humanidad es de nuestra opinión también; esto es un hecho.

Hay un primer hecho que merece ser notado. En nuestros mismos días hemos visto reformadores y escuelas que han tenido la pretensión de organizar á la sociedad sobre nuevas bases. Todas son hostiles al cristianismo tradicional, pero casi todas mantienen un elemento religioso. San Simón llega hasta dar á su doctrina el nombre de *nuevo cristianismo*; una de sus últimas conversaciones con su discípulo Olindo Rodríguez versó sobre la reli-

(1) Véanse mis *Estudios sobre la reacción religiosa y sobre la religión del porvenir*.

gion: "Atacando el sistema religioso de la Edad Media, decía, no se ha probado realmente más que una cosa, y es que no estaba en armonía con el progreso de las ciencias positivas; pero sin fundamento se ha deducido de ello que el sistema religioso debiera desaparecer por completo, cuando lo que necesita es ponerse de acuerdo con el progreso de las ciencias." Augusto Comte comenzó por rechazar toda idea religiosa, consistiendo para él el progreso en no tener religión. Pero cuando trató de organizar su sociedad cambió de opinión, trasformando la filosofía positiva en religión positiva, y pasando él mismo de jefe de escuela á pontífice. Su discípulo más inteligente ha protestado. Cosa fácil, exclama Proudhon; pero ¿con qué reemplaza la facultad cuya importancia había reconocido su maestro, la religión? (1).

Así la necesidad de la religión está reconocida en el campo mismo de los reformadores. Han sucumbido en la tentativa de fundar una religión; pero sus ensayos, aunque desgraciados, prueban que el sentimiento religioso es una necesidad del hombre, una verdadera facultad, como dice Proudhon, que sería tan absurdo querer suprimir, como si se quisiera suprimir la razón, ó la libertad, ó la sociabilidad. Mas porque los reformadores no llegaron á fundar una religión nueva, ¿habrá de repetirse con los ortodoxos que el cristianismo es inmortal y que no hay más remedio que entrar en el seno de la Iglesia, único puerto donde encontrará su salvación la humanidad? La reacción religiosa está inspirada por este sentimiento. Hemos combatido tal retroceso y seguiremos combatiéndole; pero hay un hecho incontestable, y es que tanto la reacción como las tentativas de los reformadores prueban que la religión es indestructible. Durante un siglo la filosofía ha batido en brecha al cristianismo y á toda religión. Una revolución estalla, y los discípulos de los filósofos la dirigen; persiguen á todo trance la religión, tratando de reemplazarla por un culto civil; y después de tantos ataques recobra nuevas fuerzas el catolicismo, más fanático, más enemigo de la razón y de la libertad que el antiguo galicanismo; ¡la patria de Voltaire ultramontana! Fuera preciso ser ciego para negarlo: el sentimiento religioso, ó, si se quiere, la necesidad de una religión, da fuerzas á la reacción religiosa.

(1) PROUDHON, del *Principio federativo*, p. 157, nota.

No encontrando los hombres satisfacción en las doctrinas de los renovadores, se vuelven á echar en brazos del pasado. Más vale un abrigo cualquiera, aunque sea ruinoso, que quedar expuesto á las intemperies y á las tormentas de la naturaleza.

Falta saber si la reacción satisfará el sentimiento religioso. Los hechos responden victoriosamente. ¿Por qué los filósofos, y con ellos todos los hombres cuya inteligencia se abre á la luz de la verdad, desertan el cristianismo tradicional? Porque la razón no puede aceptar las supersticiones cristianas. Mas ved á la reacción que enaltece cuanto de más estúpido hay en las creencias del pasado; ¿qué digo? La superstición que en otro tiempo era de buen tono rechazar al paso que se la explotaba, se celebra hoy como una obra avanzada de la religión, identificándola así con la superstición; y ¿cómo no? La base del cristianismo tradicional ¿no es una creencia supersticiosa, ó, mejor dicho, imposible? La divinidad de Cristo ¿no se liga estrechamente á su encarnación en el seno de una Virgen, fuente inagotable de nuevas supersticiones? Cuando la raíz está podrida, ¿cómo ha de crecer la planta sana? El mal se ha hecho irremediable desde que una Iglesia poderosa tiene interés en cultivar las creencias supersticiosas. ¿Cómo ha de penetrar la luz en la noche de las inteligencias, cuando los que debieran difundirla están interesados en aglomerar y eternizar las tinieblas?

La superstición no puede engendrar más que superstición: tal es el innoble espectáculo que presenta la reacción católica. "Uno de mis primeros cuidados, escribe el padre Lacordaire, será restablecer el culto de las *grandes reliquias*." ¡Y por cierto que este culto prospera admirablemente! En la patria de Lutero se ostentan las reliquias de once mil vírgenes, que proceden, según parece, de soldados romanos y de sus caballos. En otra parte se expone á la veneración de los fieles la túnica sin costuras de Jesucristo, túnica cortada por el fraude en medio de las tinieblas de la Edad Media. Si la Alemania tiene sus *grandes reliquias*, á la Francia no le faltan sus milagros, aún más pueriles si cabe. La Santísima Virgen, la Madre de Dios, se digna abandonar el trono que ocupa en los cielos junto á Jesucristo y descender á la tierra para convertir al mundo. La aparición es un prodigio inaudito. Su lenguaje, sus predicaciones, las curas maravillosas operadas sobre la santa montaña,

todo, dicen los devotos, recuerda el lenguaje de la Escritura, las profecías y los milagros que atestiguan la encarnación del Hijo de Dios. Toda esta historia se reduciría a un cuento digno de figurar al lado de los de la Madre la Gansa, si no estuviese manchada por el fraude y por la explotación de la estulticia humana.

El papa, en su calidad de vicario infalible de Dios, ha hecho algo mejor todavía. Hubo una época supersticiosa por excelencia, la Edad Media, tiempo feliz en que las tinieblas intelectuales florecían así como la dominación clerical. En medio de esta noche profunda de la razón y de la conciencia, proponen unos monjes celebrar la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Un santo abad lo tiene por locura, aunque ferviente adorador de la Virgen. Pues bien, esta locura ante la cual retrocedió la Edad Media ha sido consagrada en pleno siglo XIX por el vicario de Dios, con el concurso de todos los obispos de la cristiandad. El nuevo dogma es celebrado con procesiones sin número y luminarias espléndidas. Más que un nuevo dogma pudiera tomarse por una nueva religión, por una nueva idolatría: la Santísima Virgen ocupa el puesto de Cristo; ¿cuáles son los fundamentos teológicos de esta nueva superstición? Una tradición falsa ó falsificada. ¿Así la religión está levantada sobre un fundamento falso!

¿Qué fin se proponían los falsarios? ¿Cuál es la tendencia de la reacción católica? La salvación de las almas es su divisa y su bandera, pero no pasa de una máscara. Arránquese esta máscara, y quedará al descubierto la dominación de la Iglesia; nuestra sociedad reposa sobre dos ideas proclamadas por la Revolución francesa é inscritas en todas nuestras constituciones: la soberanía del Estado como órgano de la nación, y los derechos del individuo, igualmente soberano en su dominio. La famosa Encíclica de Pío IX condena los principios del 89 y retrocede á la teoría política de la Edad Media. No hay un soberano único; hay, sí, dos potestades: la Iglesia y el Estado. Mejor dicho, la potestad de la Iglesia, por su origen divino, tiene incontestable supremacía sobre la potestad civil: el poder temporal está subordinado al espiritual, es decir, que la Iglesia solamente es soberana. En este orden de ideas no caben los derechos del individuo. El individuo carece de derechos; sólo tiene deberes, y es la Iglesia quien se los prescribe.

Ella solamente es libre; pero su libertad quiere decir soberanía, dominación absoluta sobre la nación y sobre los individuos.

Que la Iglesia se proponga salvar ó dominar á los hombres, poco nos importa. Lo cierto es que su doctrina es la condenación de nuestro estado social. Sería una irrisión pronunciar la palabra libertad, si se acepta la Encíclica, puesto que por libertad entendemos los derechos del individuo, de los que ninguna potestad humana puede despojarle. La Iglesia no conoce otra libertad que la suya, y esa libertad implica la sumisión completa del individuo; ¿cabe preguntar si es libre el esclavo? El primer derecho que los pueblos libres reclaman es la libertad de conciencia, la libertad de pensar. ¿Qué dicen de ella los papas? La condenan como un delirio, lo mismo que á la de la prensa, sin la cual no hay libertad posible. ¿Se quiere saber lo que piensa la Iglesia acerca de los derechos del hombre declarados por la Asamblea constituyente, y que la humanidad, en su reconocimiento, llama los principios del 89? Publíquese en Roma una revista redactada por la Compañía de Jesús, órgano oficial del papado, con el título de la *Civiltà Cattolica*, y en ella se trata la declaración de los derechos "de absurdo, necedad, vanidad, orgullo, falsedad, fanfarronada, pedantismo y extravagancia!,"

¿Qué restará á la sociedad moderna si se le quita la libertad, que es su vida? La idea del progreso. El papa no es más tolerante con respecto al progreso que á la libertad: quiere solamente la inmovilidad de la religión y de la Iglesia católicas, y así es natural. ¿No está la Iglesia en posesión de la verdad absoluta y de la eterna justicia? Y ¿pueden la verdad y la justicia cambiar? Si la sociedad moderna pide el progreso, consiste en que desconoce la verdad y se abandona al error. Lo que se llama liberalismo y progreso es el imperio de las tinieblas. Entre las tinieblas y la luz, la guerra es eterna: "¿Qué participación, pregunta el apóstol, puede mediar entre la *justicia* y la *iniquidad*? ¿Qué sociedad entre la *luz* y las *tinieblas*? ¿Qué convención entre el *Cristo* y *Belial*?" La guerra que el papa declara á la sociedad es á muerte. ¿Quién será el vencedor? La humanidad no vuelve á los altares que abandona, y ya de algunos siglos ha abandonado al cristianismo católico con que el papa pretende sustituir á nuestra civilización. No data ésta

del 89. La Revolución no es más que la explosión violenta de las ideas y de los sentimientos anticatólicos que germinaban en la sociedad desde la Edad Media. ¿Creen en Roma que la humanidad está dispuesta á renunciar á las conquistas del 89? ¿Creen que va á retroceder ocho siglos, y que el Renacimiento, la Reforma, la filosofía y la Revolución se borrarán de un golpe? Esto es el imposible de los imposibles. La ley de la humanidad es marchar hácia adelante; Dios mismo se la ha dado. Si el papa no la comprende, ¿qué mayor prueba de que no es el vicario de Dios? (1).

III.

No, la solución de la cuestión religiosa no estriba en un retroceso al pasado. Hay, sin embargo, una doctrina, la más avanzada de todas las que se han dado á luz en el seno del cristianismo, que predica, bajo cierto sentido, ese retroceso: el protestantismo. Al pedir que la cristiandad vuelva al cristianismo primitivo, los protestantes modernos no quieren decir por esto que se vuelva, como pretendían los reformadores del siglo XVI, á la religión de los Padres de la Iglesia y de los concilios, ni siquiera á la de la Escritura Sagrada, sino al cristianismo de Jesucristo. Estamos en el fondo de acuerdo con ellos. Con todo, harémos ciertas reservas que nos dicta la creencia del progreso.

¿Qué es el cristianismo de Jesucristo? Lo ignoramos. Sabemos lo que fué el cristianismo histórico en las diversas épocas de su desenvolvimiento; pero ¿dónde encontraremos los sentimientos y las ideas de Jesucristo? ¿En los Evangelios? Los protestantes confiesan, y ellos mismos lo han probado, que pasó una generación, por lo ménos, entre la muerte de Cristo y las narraciones evangélicas. Luego lo que nos queda es una tradición más ó ménos alterada, desfigurada ó embellecida de la enseñanza de Jesús. No hay discurso ni máxima que podamos asegurar que sea reproducción exacta de las palabras de Cristo. ¿Es mucho, en su vista, sospechar que, en cierto sentido, la religión sea un mito? Pero supongamos que los Evangelios, que los Padres, que los concilios nos han transmitido la doctrina del Hijo del Hombre. ¿Puede esta religión ser todavía la nuestra? Que haya en la

predicación evangélica, que haya en el cristianismo tradicional verdades eternas, en buen hora, no lo dudamos; pero ¿no hay también errores? Dirémos más: ¿es posible que no los haya? Si Jesucristo es Dios, se comprende que tanto su doctrina como su vida sean un tipo de perfección. Pero los protestantes avanzados creen, con la conciencia moderna, que Jesús era un carpintero de Nazareth y no el Hijo de Dios, coeterno con el Padre. Si no es Dios, claro que fué hombre, y como tal falible, sujeto al error y al engaño; así ha debido engañarse y participar de ideas, preocupaciones y supersticiones de que ya nosotros no participamos; ¿cómo su religión ha de ser la nuestra?

Prescindamos de la divinidad del Cristo; Él mismo no creía en ella. Mas veamos si la idea que de Dios se formaba es todavía la nuestra. Á ménos de dar por falsos todos los Evangelios, fuerza es admitir que Jesús creía en los milagros; luego creía en un Dios fuera del mundo, interviniendo en él por vías sobrenaturales. El mismo Cristo tenía la convicción de poseer un poder sobrenatural. Hé aquí que disintimos ya de Jesús sobre un punto capital, la teodicea. El disentimiento será mayor aún si abandonamos el dogma para comparar la concepción que Cristo se hacía de la vida con la concepción de la humanidad moderna. Si el Hijo del Hombre viniese á predicar la *buena nueva* en el siglo XIX, no le comprenderían. ¿Quién vendería sus bienes para darlos á los pobres? ¿Quién abandonaría la vida civil y política para tomar su cruz, siguiendo al doctor de pobreza y dejando el mundo á César? ¿Quién desdenaría todos los intereses y todos los lazos de la tierra para vivir en la celeste Jerusalén? ¿Qué se ha hecho el espiritualismo exaltado, desordenado, de la perfección evangélica? La Iglesia misma se ha visto obligada á transformar los preceptos en consejos, y los protestantes comprenden tan poco ese espiritualismo excesivo, que lo niegan.

Los excesos son errores, y entre estos errores los hay capitales. No se puede negar, á ménos de repudiar los Evangelios, que Jesús no profesaba una gran estimación por los lazos de la familia; y de aquí la exaltación de la virginidad que llevó á millares de cristianos al desierto y al claustro. Pues bien, fuerza es confesarlo, el Cristo se engañó, y la cristiandad se ha engañado también con su ejemplo; considerando el matrimonio como unión

(1) Véase mi *Estudio sobre la reacción religiosa*.